



Hablamos con el Señor sábado, 11 mayo, 2019

1. Cristo,
alegría del mundo,
resplandor de la gloria del Padre.
¡Bendita la mañana
que anuncia tu esplendor al uni-
verso!

2. En el día primero,
tu resurrección alegraba
el corazón del Padre.
En el día primero,
vio que todas las cosas eran bue-
nas
porque participaban de tu gloria.

3. La mañana celebra
tu resurrección y se alegra
con claridad de Pascua.
Se levanta la tierra
como un joven discípulo en tu
busca,
sabiendo que el sepulcro está va-
cío.

4. En la clara mañana,
tu sagrada luz se difunde
como una gracia nueva.
Que nosotros vivamos
como hijos de luz y no pequemos
contra la claridad de tu presencia.
Amén.

1.Revolución del afecto y la ternura

Mirando el mundo tal y como está no hay duda de que necesita una revolución. Necesita fundamentalmente una revolución del afecto y la ternura. No nos podemos permitir ni un minuto más amar y amarnos tan poco y tan mal. No podemos con más desconfianza, más miedo y más indiferencia. Estamos hechos para el amor.

Somos seres limitados. Vivimos en un cuerpo con necesidades concretas e ineludibles que van cambiando a lo largo de la vida. No podemos vivir ignorando la realidad de nuestra fragilidad y finitud. No podemos eludir nuestra necesidad de los demás, porque no podemos vivir sin amor ni reconocimiento. Nos necesitamos los unos a los otros, para sentir el calor de la estima y la amistad, para consolarnos de nuestra contingencia, para acompañarnos en nuestra soledad esencial. Nos necesitamos para sentirnos vivos, nos necesitamos para estar vivos.

No hay afecto sin el otro a quien amar. El afecto se expresa con palabras, gestos, actitudes y hechos. El afecto coge a toda la persona, transforma

la cabeza, el corazón y los sentidos. En el abrazo, nos abrazan; en la mirada a los ojos, nos miran; en la cordialidad, el corazón se calienta; en la caricia, nuestra piel se siente reconfortada... No hay riqueza que compre el afecto o que destierre el odio, ni hay dinero que construya la esperanza y la confianza.

Es tarea de cada uno de nosotros en la desnudez de nuestra humanidad y es tarea de toda la comunidad humana, confiando, eso sí, en que en el corazón de cada hombre y cada mujer Dios ha sembrado ya la simiente del Amor. Sin afecto y ternura, sin dedicar tiempo y energía a cuidarnos, estamos sin futuro.

En un mundo hostil a la Vida y a la humanidad, que nos endurece el corazón y nos desintegra, reivindicamos la revolución del afecto y la ternura como punto de partida, como lentes con las que mirar el mundo y las personas.

2. El papa Francisco nos invito hace años a vivir la misericordia.

El Papa Francisco quiere que la Iglesia mire el mundo desde esta perspectiva especial. Esta mirada misericordiosa ha de ser la que la Iglesia y el pueblo de Dios tienen que tener hacia todos aquellos que fracasan en el intento de lograr el ideal evangélico propuesto por Jesús. También debemos tener una mirada de misericordia cuando los que fracasamos somos nosotros o la propia Iglesia.

La misericordia va más allá de la justicia. Un mundo justo eliminaría la gran mayoría de problemas de la humanidad actual. Pero la justicia según la cual se tiene que «dar a cada uno según lo que le corresponde» nos aboca a una meritocracia religiosa o económica que requiere sistemas de compensación para todos aquellos que no consiguen «hacer méritos». Sin misericordia, un sistema de justicia se vuelve cruel hacia los más débiles. Un Dios exclusivamente justo acaba siendo implacable con los pecadores. Jesús, en cambio, se rodeó de gente que no tenía ningún mérito ante la sociedad: pecadores, ladrones, leprosos, ciegos, prostitutas... La mirada de misericordia es necesaria para dejar de mirar a todos los marginados de nuestra sociedad como culpables y merecedores de su propia suerte y pide al ser humano una acogida sin condiciones. Para lograr esta mirada de misericordia, también la Iglesia necesita una revolución de afecto y ternura, para mirar al mundo y para mirarse a sí misma y para actuar desde la compasión.

3.- El cuidado a otros

El “médico” Jesús nos llama a ser “médicos” de los otros

La suegra con fiebre

Jesús, al salir de la sinagoga (Mc 1,29-31), se fue con los suyos a casa de Simón, donde la suegra de Simón se hallaba con fiebre... Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Quizás la presencia del Maestro hizo que se le pasase la fiebre y se puso a servirles. Es bonito que el médico se te acerque, te coja de la mano y te levante...

La vida de un “médico” es «ayudar a descubrir los recursos que cada persona tiene a su alcance para amparar y abrigar la vulnerabilidad, la intemperie y la interdependencia esencial: palabras, afecto, confianza, solidaridad, paciencia, silencio, amistad...».

¿A quien doy la mano para que se levante?

El leproso

En la vida de Jesús, como en la del “médico” comprometido, casi no hay descanso (Mc 1,40-45): al anoecer Jesús curó a muchos enfermos y cuando le parecía que ya podía acabar el día, «Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: quiero, sé limpio».

Predicar al Padre es humanizar, no buscar a Dios con espiritualismos desencarnados, sino con el Espíritu que habita en nuestros corazones.

¿Que actos concretos de ayuda y cuidado se me presentan?

La mano paralizada

Otro ejemplo ilustrador es el de Mc 3,16: Entró en la sinagoga y encontró a un hombre con la mano paralizada... Jesús se salta las normas, cura en sábado... La vida tiene momentos de incertidumbre. P

El hombre con la mano paralizada pasa por delante de la ley. Lo de Dios no se juega en los templos, se encuentra en el cada día.

«Cuando conectas con el sufrimiento de forma cotidiana, cuando le pones nombre y contexto, y tienes una mirada consciente de las causas de la enfermedad, tomar partido es un movimiento casi automático que te lleva a comprometerte socialmente». Como Jesús que se saltó las normas del sábado.

¿Con que sufrimiento me encuentro y sano?

La mujer enferma

En Mc 5,21: Había una mujer que padecía flujos de sangre... Oyó hablar de Jesús y, por detrás, entre la gente le tocó el manto a Jesús... Jesús, dándose cuenta de que aquella fuerza había salido de él, preguntó: «¿quién me ha tocado?».

Aunque no conozco a quien está “enfermo”. me siento responsable de él.

¿Vivo la alegría de ser responsable del débil?

El sordomudo

Además, resulta curioso entrar en los evangelios y mirar cómo Jesús valora el cuerpo humano, las manos, los ojos, los oídos. Cómo está atento a sus carencias, a sus enfermedades... Acabo con el texto del sordomudo (Mc 7,31-37): Le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le aplicase las manos. Él lo apartó y a solas con él le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva...Luego le dijo: «Ábrete...» e inmediatamente se le abrieron los oídos.

Por encima de todo, llama la atención la implicación de Jesús, pues le introduce los dedos en los oídos, le toca la lengua. Uno no tiene más remedio que pensar «conmigo lo hiciste».

¿He abierto oídos a la verdad?

¿He sanado lenguas de la maledicencia?

¿He liberado lenguas para alabar?

Fortalece en nosotros la esperanza

Te pedimos, Dios de la gracia y de la vida eterna,
que aumentes y fortalezcas en nosotros la esperanza;

danos esta virtud de los fuertes,
esta fuerza de los confiados,
este ánimo de los inmovibles.

Y entonces tendremos la virtud
de acometer las tareas de nuestra vida;
entonces vivirá en nosotros la gozosa seguridad
de que no trabajamos en balde;
entonces haremos nuestra obra y sabremos que,
cuando fallan nuestras fuerzas,

Tú, Dios omnipotente, operas en nosotros,
por nosotros y sin nosotros
tu gloria y nuestra salvación eterna,
según tu beneplácito.

Fortalece en nosotros tu esperanza.

Amén.

KARL RAHNER